



La muerte le acaricia el rostro a mi señora. La huesuda la enamora con sus manos para que la acompañe al Xibalbá, al inframundo, donde por fin se encontrará con los dioses. Su tiempo se acaba sin dolor, sin heridas, sin sufrimientos terribles. Los muchos años ya le pesan y ese mal no tiene remedio. La cuenta de sus días llegó a su fin, y nadie, absolutamente nadie, puede evitarlo. Toda la gloria y todo el poder de Lakamha no son suficientes para impedir el desenlace: la ciudad y su señor Pakal nada pueden contra la muerte. Ni siquiera nuestros nahuales tienen la fuerza suficiente para alejarla. La calaca es invencible. Tzak bu Ahau morirá y nada podemos hacer para alargar su vida.

Aquí, adentro, sólo podemos esperar a que ella suspire por última vez. Nadie habla, el palacio está en silencio y la selva, por primera vez desde que los dioses la crearon con sus palabras todopoderosas, está callada. Las alas de los colibrís no se atreven a desafiarlo y los monos se tragaron sus aullidos cuando él se mostró con toda su fuerza. Sólo las serpientes continúan imperturbables: ellas van

y vienen del Xibalbá y del hogar de Itzamná, ellas son la oscuridad absoluta, la luz immaculada.

Los hijos de Tzak bu Ahau están sentados frente a sus aposentos. Tienen la mirada baja y sus cuerpos están rayados por las gotas de sangre que entregaron como sacrificio. Cuando mi señora ya no pudo herirse la lengua con su espina de mantarraya, cuando fue incapaz de recoger su sangre para quemarla con los papeles sagrados y alimentar a los dioses, ellos decidieron tomar su lugar y ofrecer la suya. Pakal, nuestro señor Pakal, permanece a su lado mirando su rostro marcado con las líneas de la nobleza: a pesar de su edad, los puntos de sus mejillas aún resaltan entre las arrugas de su cara. En sus ojos encontrados todavía se puede descubrir un dejo de vida, el vestigio de una existencia que casi siempre fue buena. Tzak bu Ahau morirá y las ruedas del tiempo seguirán girando para recordarme que sin ella no soy nada, que sólo volveré a ser aquella que fui en el momento de mi nacimiento: una mujer sin nombre con una cicatriz en el brazo.

Afuera, todos están reunidos en la plaza y esperan su último suspiro. La cuenta del tiempo que se inició cuando los habitantes de Lakamha empezaron a construir su tumba está a punto de terminarse. Ella, a pesar de los deseos de Pakal, será la primera en partir al Xibalbá. El sarcófago está listo: la espera para guardar su cuerpo y dejar escapar a su espíritu. Los sacerdotes que se transforman en jaguares sostienen los puñales que alimentarán a los dioses con la sangre y los corazones de los nobles que fueron capturados en un rápido combate con la gente de Tortuguero. Esta batalla, a diferencia de las otras que mancharon los

caminos de sangre, no fue para proteger a Lakamha de sus enemigos, tampoco ocurrió para vengar las antiguas ofensas que ella y yo tenemos marcadas en los ojos y el cuerpo. El combate sólo sirvió para preparar la partida de mi señora: los creadores del universo tienen que comer, tienen que estar satisfechos, sólo así podrán recibirla con los brazos abiertos después de que Tzak bu Ahau recorra con los elegidos el larguísimo camino que termina en Xibalbá.

Allá, en el patio del palacio, están los sacerdotes que la pondrán sobre una estera para colocarle la máscara, el tocado, las pulseras y los collares de piedras verdes que se trajeron desde Ox Te Kuh para recordar su origen. Ellos esperan a que ocurra lo que tiene que ocurrir para amortajar su cuerpo y prepararlo para su viaje definitivo. Tienen que hacer esto antes de conducirla a su última casa, donde terminarán de cubrirla con polvo rojo y la dotarán de comida y bebida para que no sufra hambre en su andar hacia el inframundo.

Y yo estoy aquí, parada en la esquina de una habitación. Tratando de que casi nadie me mire, deseando que los ojos de los nobles no me descubran, sólo quiero que me vean los sacerdotes que pueden decir la palabra definitiva. Aquí estoy, esperando el final, recordando el pasado sin la ayuda de los libros pintados. Espero que la cuenta de sus días se termine y sólo deseo que Tzak bu Ahau pronuncie mi nombre antes de dejar este mundo, sólo eso podría cambiar mi destino por última vez.



I

Cincuenta y seis años antes

En la casa del soberano de Ox Te Kuh todo era movimiento. Los negros pensamientos los habían mordido como la más venenosa de las nauyacac: los colmillos de la mala cabeza les emponzoñaron la sangre. La certeza de que la muerte podía llegar en cualquier momento corría por sus venas y les quemaba la carne. El destino de Ox Te Kuh pendía de un delgadísimo hilo que podía reventarse con un suspiro. La muerte anticipada podía volver por tercera ocasión.

Las ancianas caminaban apresuradamente por los pasillos y sólo recuperaban la compostura cuando se encontraban con el Señor de la Piedra Preciosa, que apenas se detenía para mirarlas. No quería que perdieran tiempo, que se detuvieran para honrarlo como marcaban las costumbres. A él le bastaba que bajaran la cabeza y siguieran su camino. Algo más importante estaba a punto de pasar y las viejas mujeres eran las únicas que podían afrontar el problema: la gran señora de Ox Te Kuh estaba a punto de tener un hijo y el parto no marchaba bien. Ixchel, la diosa de las tejedoras y las mujeres que dan vida, quizá por una vieja falta que puso en peligro el destino de la ciudad, no

quería mirar a la parturienta y todo podía terminar en una desgracia.

Las ancianas entraron en la habitación de la gran señora, la ayudaron a levantarse a pesar de sus lamentos y del dolor que tenía clavado en el vientre. Sus entrañas estaban a punto de desgarrarse. La cubrieron con una delgada manta: la lluvia tal vez había desatado a los malos espíritus, a los deseos maléficos, a las palabras envenenadas que enfermaban el cuerpo. La soberana, agotada después de varios días de esfuerzo, acarició la tela de algodón entretrejido con pelo de conejo: la suavidad era su único consuelo, su único alivio. Ella ya había pasado por este trance en otras ocasiones: dos veces los dioses la premiaron con el embarazo y dos veces le arrebataron a sus hijos antes de que conocieran este mundo. Ninguno vio la luz, todos partieron antes de que pudiera abrazarlos. La gran señora tenía miedo. El pasado podía repetirse, pero ella estaba dispuesta a todo, con tal de que el nacimiento ocurriera. “Mi vida por la suya, mi vida por la suya”, rogaba a los dioses cada vez que los dolores se convertían en un puñal. Ella susurraba, pero sus palabras no llegaban a los oídos de los señores del universo.

Las mujeres salieron al pasillo y comenzaron a caminar hacia el temazcal, donde las piedras ya estaban enrojecidas por el fuego sagrado que encendió el sacerdote más poderoso de Ox Te Kuh. Entraron. Una de ellas tomó una vasija de barro labrado donde el agua, las hierbas y las cortezas se mezclaban perfectamente: nada faltaba para tratar de agradar a los dioses y apresurar el nacimiento. Poco a poco comenzó a verterla y el aromático vapor llenó

el lugar. En voz baja, la anciana comenzó a rogarle a Ixchel, a la única diosa que podía salvar a la esposa del Señor de la Piedra Preciosa. Las voces de las otras mujeres se sumaron a la suya. El sonido de las plegarias se repetía incesantemente. Ninguna subió la voz, de sus bocas sólo salía un murmullo largo, un sonido monocorde que invitaba al trance. Ixchel se compadeció de ellas y concedió el milagro: la niña nació después de unos minutos y el último dolor.

La más vieja de las comadronas abrió el bulto que tenía a su lado. Las plantas, las plumas, los trozos de corteza, los huesos de los animales sagrados, los hongos mágicos y las espinas de mantarraya se desperdigaron en el piso. Con calma tomó una navaja de obsidiana verde que los mercaderes trajeron de la ciudad que estaba más allá de todas las montañas. Su filo era perfecto. La contempló durante unos instantes, le pidió a los señores del universo que le dieran mano firme y cortó el cordón umbilical de la recién nacida. Lo anudó con gran cuidado y la pequeña apenas sangró lo necesario para alegrar a Ixchel.

La recién nacida lloraba y las ancianas comenzaron a lavar su cuerpo con agua y hierbas mientras le agradecían a la diosa su intervención. Tenían que purificarla antes de que el sacerdote la viera: el agua se llevaría todos los males y sólo dejaría lo bueno, lo puro, la inmaculada perfección que sólo puede tener un recién nacido. La secaron con una manta y esperaron la llegada del hombre de los dioses. La gran señora de Ox Te Kuh sonrió tranquila y cerró los ojos para dejarse atrapar por el sueño: Ixchel por fin había aceptado que no tenía ninguna culpa, lo suyo

sólo había sido pasión y voluntad del Señor de la Piedra Preciosa. Ella, al igual que las comadronas, también tenía que esperar a Garra de Jaguar, pues antes de que él la mirara no podía alimentarla ni acariciarla.

•

Cuando el sacerdote entró al temazcal, las comadronas bajaron la vista y guardaron silencio: sus poderes y su jerarquía nada eran junto al hombre que estaba frente a ellas. Garra de Jaguar tenía la cara labrada y el cuerpo pintado con grecas rojas, se había tallado los dientes hasta volverlos idénticos a los de su nahual, y su rostro estaba marcado por los signos de la nobleza: su frente, perfecta, tenía la misma inclinación que su nariz. Él sabía todo lo que había pasado y podía conocer todo lo que estaba por suceder; él conocía los misterios del tiempo, el destino de las personas, el futuro de la ciudad y sus soberanos. Garra de Jaguar era uno de los pocos hombres que habían sido devorados y paridos por la serpiente celestial, era uno de los poquísimos que podían caminar entre los trece cielos que separaban a los mortales de la morada de Itzamná y atravesar los nueve lugares que los alejan del Xibalbá. Él era el hombre huracán, el hombre crepúsculo, el que mira hacia dentro, el que está debajo de los árboles, el espíritu que todo lo puede porque tiene la saliva de los señores del universo. Él era el gran sacerdote de Ox Te Kuh.

A su lado estaba el enano jorobado que siempre lo acompañaba. El Señor de la Piedra Preciosa se lo había regalado a Garra de Jaguar a los pocos días de llegar a este mundo:

las personas como él sólo podían ser saltimbanquis o servidores de los sacerdotes y los dioses. Su vida, a pesar de la desgracia que cargaba en el lomo, no había sido tan mala: nadie, salvo los invitados a la casa del gran sacerdote, se atrevía a burlarse de él, y su amo lo dejaba ir con sus padres de cuando en cuando. Durante muchos años, ellos le ocultaron sus malos deseos; pero, poco a poco, fue descubriendo que ellos sólo esperaban la comida, los regalos, aunque nunca pudieron borrar el horror de tener un hijo como él. El jorobado nunca lo dijo, pero en su cabeza siempre estaba presente el deseo de castigarlos, el anhelo de que alguna fuerza arrasara la casa donde ellos vivían y los sepultara sin que los dioses pudieran evitarlo. Así, cada vez que servía la comida de los invitados de su amo, cada vez que les hacía muecas para hacerlos reír, el odio a los suyos aumentaba y le exigía venganza: su espalda contrahecha era su culpa, algo oscuro habían hecho sus padres para que los señores del universo le deformaran el cuerpo.



Garra de Jaguar, sin pronunciar palabra, se detuvo frente a la mujer más vieja y le extendió las manos para que le entregara a la recién nacida. La recibió y una de las grandes cuentas de piedra verde de su collar rozó el cuerpo de la niña.

El gran sacerdote la miró y cerró los ojos para recordar su nombre y su destino. Él los descubrió cuando estuvo encerrado durante varias noches en la cueva más secreta

y oscura, cuando logró desprenderse de su cuerpo para encontrarse con los dioses que le revelaron lo que habría de ocurrir.

—Tzak bu Ahau —murmuró y salió con ella en brazos.

El Señor de la Piedra Preciosa aún no podía verla. Su hija, a pesar de su noble origen y su nombre divino, aún se parecía a cualquiera: tenía la cabeza casi redonda, las mejillas limpias y la mancha oscura al final de la espalda. La niña, a pesar de sus padres, todavía no estaba marcada por la nobleza. Garra de Jaguar y el enano salieron del baño y se dirigieron hacia sus aposentos. Los seguían sus hombres, los jóvenes que algún día podrían tomar su lugar en la corte de Ox Te Kuh.

•

Como si trajera una pluma de quetzal, Garra de Jaguar colocó a Tzak bu Ahau en la estera. Cada una de las partes del cuerpo de la recién nacida apuntaba hacia las direcciones del cosmos. La herida de su ombligo unía la morada de Itzamná con el Xibalbá. La acarició y le acercó un dedo a la boca. Esa prueba era definitiva para saber si los dioses permitirían su permanencia en la Tierra. El sacerdote sintió cómo lo succionaba. Extendió su mano y el jorobado le entregó la espina de mantarraya. Apenas tocó la lengua de la niña para obtener una gota de sangre. Se levantó y la colocó sobre una hoja de papel. El rojo resplandeció sobre la blanca corteza y el negro de su caligrafía. Caminó hacia el brasero y entregó la ofrenda al fuego: Tzak bu Ahau alimentó a los dioses por vez primera.

Garra de Jaguar volvió sobre sus pasos y se sentó frente a la niña. Sus ayudantes le entregaron todo lo que necesitaba: largas y delgadas telas de algodón, trozos de madera finamente pulida, resinas aromáticas. Poco a poco comenzó a colocar las delgadas tablas en la cabeza de Tzak bu Ahau y las sujetó con muchísimo cuidado: su cabeza no podía ser la de una cualquiera, la de una mujer nadie, tenía que moldearse para adquirir los rasgos de la nobleza. Después tomó una cuenta verde y la ató con un fino hilo de algodón. Cubrió la punta con resina y la pegó al primer tocado de la recién nacida. Ella tenía que mirarla todo el tiempo, sus ojos debían quedar atrapados por sus reflejos y su movimiento, sólo así podrían encontrarse para siempre y embellecer su mirada.

•

El Señor de la Piedra Preciosa recibió a su hija de manos de Garra de Jaguar. La abrazó con cuidado y la acarició mientras pronunciaba el nombre que garantizaba la continuidad de su linaje: Tzak bu Ahau era la sucesión, la certeza de que su sangre persistiría a pesar de las desgracias que habían ocurrido durante muchísimos años. Los pensamientos emponzoñados ya no estaban en su cabeza, la nauyaca del miedo se había refugiado en la cueva más profunda y ahí se quedaría hasta que se volvieran las tinieblas. Su esposa viviría y, si los dioses permitían que llegara a la edad correcta, Tzak bu Ahau salvaría su reino: ella se convertiría en la Señora Sucesión.

El soberano de Ox Te Kuh sabía que la suya no era una ciudad poderosa y que difícilmente podría serlo. Estaba atrapada entre las montañas y el mar, entre la lluvia casi incesante y el aire que sabía a sal. Ox Te Kuh era mucho más débil y pequeña que Lakamha y Tortuguero, sus habitantes —luego de años de afanes y sacrificios— apenas habían logrado levantar algunos edificios de piedra, donde labraron los rostros de algunos de sus gobernantes. Con grandes esfuerzos intentaban protegerla con frágiles palizadas y arbustos con espinas. Sin embargo, todos sabían que las maderas y las púas no servirían de nada si sus enemigos volvían a atacar. Sus esfuerzos sólo eran una esperanza a la que se aferraban con ganas de olvidar lo que siempre ocurría: en Ox Te Kuh no había suficientes guerreros y las llamas eran mucho más poderosas que sus defensas. De poco servían las ramas de ceiba con punta y las plantas erizadas, pues las antorchas de los enemigos podían destruirlas en muy poco tiempo.

Cada vez que los hombres de Tortuguero levantaban sus cosechas se iniciaba la zozobra: ellos podían llegar en cualquier momento para saquear la ciudad y capturar a los nobles que se convertirían en el alimento de sus dioses. Los sin nombre que caían en sus manos tenían peor destino: se convertirían en esclavos de los guerreros victoriosos. Y sí, durante muchos años, el Señor de la Piedra Preciosa intentó comprar la paz con el señor de Tortuguero, pero nunca lo logró. El enemigo no estaba dispuesto a guardar sus armas, a contener a los guerreros y los puñales de los sacerdotes. Para colmo de males, el amo de Lakamha pocas veces se interesaba por ayudarlo: nada los unía